



Dios, esforzados por pareceros tanto á él como sea posible (1).»

Después del sábio de la China y del sábio de la Grecia, oigamos al cónsul romano.

En su primer libro de las leyes, dice Ciceron que para establecer el derecho, es preciso remontarse á esta ley soberana que existe en todos los siglos, antes que existiera ninguna ley escrita ni se fundasen las ciudades. Para llegar allí, es preciso creer ante todo que la naturaleza entera está gobernada por la Divina Providencia, que el hombre ha sido creado por el Sér Supremo, y que por la razon está en sociedad con Dios. Esta razon comun á Dios y al hombre, es la ley que hace de este universo una sola ciudad bajo Dios Todopoderoso (2).»

Y esto no era una opinion particular suya. Examinando en el segundo libro la naturaleza de esta ley primera, á la cual se deben referir todas las otras, se expresa así: «Veo que este era el sentimiento de los sábios, que la ley social no es una invencion del espíritu del hombre, ni una ordenanza de los pueblos, sino algo eterno que rige todo el universo por mandatos y preceptos llenos de sabiduría. Por esto, decia, que esta ley, primera y última, es el juicio mismo de Dios, que ordena ó preceptúa, segun la razon; siendo por tanto esta ley la fundamental que los dioses han dado al género humano (3).»

«Desde nuestra infancia, añade él, se nos acostumbra á llamar leyes á las ordenanzas de los hombres; pero hablando de esta suerte, debemos siempre rechazar que los mandatos de los pueblos no tienen fuerza de obligar á la virtud y apartar del vicio. Esta fuerza, no sólo es más antigua que todas las naciones y las ciudades, sino que tiene la misma edad que este Dios que sostiene y rige el cielo y la tierra. La ley verdadera es la razon conforme á la naturaleza de las cosas, que nos lleva á hacer el bien y á evitar el mal; no comienza á ser ley desde el momento en que está escrita, sino que

(1) PLAT., edit. Bipont., t. VIII, lib. I, pág. 185.

(2) *De legibus*, lib. I, números 6, 7 y 15, edit. Le-fevre, 1825

(3) *Ibid.*, lib. II, núm. 4.

es ley desde su origen, y ha nacido con la razon divina; esta es la causa porque la ley verdadera y soberana, á la cual pertenece ordenar y defender, es la recta razon de Dios Supremo (1).»

«Donde esta ley es desconocida, violada por la tiranía de uno, de muchos ó de la multitud, no solamente la sociedad política es viciosa, sino que puede decirse que no existe. Esto es aun más verdadero en una democracia que en toda otra clase de gobierno (2).»

Confucio, y el filósofo griego, y el cónsul romano, dan á sus leyes y á su sociedad, por última sancion, la Providencia de Dios, la inmortalidad del alma, los premios y castigos eternos en la otra vida.

«Aquel que reina sobre nosotros, dice Platon en su tratado de las leyes, habiendo visto que todas las acciones humanas tienen por determinacion, ya la virtud, ya el vicio, nos ha preparado diferentes moradas segun la naturaleza de nuestras acciones, dejando á nuestra voluntad la eleccion entre estos dos destinos. Así estas almas llevan en sí mismas la causa de la mutacion que deben experimentar segun el orden y la ley del destino. Los que no han cometido más que faltas leves, descienden ménos que las almas más culpables; andan errantes por la superficie de la tierra. Los que han cometido más crímenes y más enormes, son precipitados en un abismo que se llama infierno, ó de un nombre parecido, lugar reducido de vivos y de muertos, y cuyo pensamiento encuentra aún el hombre cuando sueña. Mas el alma que por los continuos esfuerzos de su voluntad avanza en la virtud y se corrige del vicio, es trasportada á una mansion tanto más feliz y más santa, cuanto más se acerca á la perfeccion divina (3).»

Al fin de su *República*, este mismo filósofo nos representa el alma, saliendo del cuerpo y apareciendo delante del Tribunal para ser juzgada; después de la sentencia, los justos suben á la derecha á lo más alto de los cielos; los

(1) *De legibus*, lib. II, núm. 5, edit. Refev., 1825.

(2) *De Repub.*, lib. III, núm. 25.

(3) *De legibus*, t. IX, lib. X, págs. 106, 108.



malos, al contrario, descienden á la izquierda en un abismo horrible, de donde los que son incurables no pueden salir ya, siendo presa de espantosos suplicios (1). Igualmente Ciceron, al fin de su república ideal, abre de un golpe la eternidad: este universo no es más que el templo de Dios supremo, que le rige del mismo modo que el alma inmortal rige este cuerpo corruptible; aquellos que viven verdaderamente, se han escapado de las ligaduras del cuerpo, como de una prision; esto que nosotros llamamos nuestra vida, es una muerte; allí los malos sufren siglos de tormentos, mientras que los bienhechores de sus semejantes gozarán en el cielo de una eternidad de ventura (2).

¿Pero estos hombres esperaban ver alguna vez sobre la tierra su admirable gobierno? Sócrates, á quien Platon hace hablar, dice que el modelo está sin duda alguna en el cielo; pero que para su patria terrestre él no le esperaba más que de algun divino destino (3). En otros diálogos, habla de un personaje extraordinario que nos instruirá sobre la divinidad y sobre su culto, así como sobre nuestros deberes para con nuestros semejantes; insinúa que este será un Dios escondido bajo la figura de un hombre, y espera que no tardará en venir (4).

En otra parte dice: «Al comenzar este discurso, invoquemos al Dios salvador, á fin de que, por una enseñanza extraordinaria y maravillosa, nos salve y nos instruya en la doctrina verdadera (5).»

En cuanto á Ciceron, que escribía por el tiempo en que Cristo iba á aparecer, sus palabras son más consistentes y seguras: parece como tener un presentimiento de lo que se iba á cumplir. «La ley verdadera, dice, es la recta razon conforme á la naturaleza, ley extendida en todo el género humano, ley constante, eterna, que llama al deber por sus mandatos, que aparta del mal por sus prohibiciones, y ya sea que mande, ya que prohíba, es siempre escu-

(1) *De Repub.*, t. VII, lib. X, pág. 322, 326.

(2) *De Repub.*, lib. VI, núm. 7, 17.

(3) *De Repub.* lib. X, *in fine*.

(4) PLATON, t. V, *Alcibiades*, 2, págs. 100, 102.

(5) *Idem*, t. IX, *Tim.*, pág. 341.

chada por las gentes de bien y despreciada por los malvados. Sustituir esta ley por otra alguna, es una impiedad; no es permitido derogar en ella nada, y no se puede abrogar enteramente. No podemos ser relevados de esta ley, ni por el senado, ni por el pueblo. No tiene tampoco necesidad de ningun intérprete que la explique; no será una ley en Roma, y otra en Atenas; ni la de hoy será diferente de la de mañana; sino una misma ley, eterna é inmutable regirá todos los pueblos en todos los tiempos; y el que ha traído, manifestado y promulgado esta ley, Dios, será el solo maestro comun y el soberano monarca de todos; cualquiera que rehusare obedecerle, huirá de sí mismo, y renunciando por este mismo concepto á la naturaleza humana, sufrirá grandes castigos, cuando saliere de esto que se llama martirio acá en la tierra (1).»

¿Cómo no reconocer hoy todo esto en la Iglesia católica? Sociedad de Dios con los ángeles y los hombres que se les parecen; sociedad cuyo soberano monarca es Dios, su Cristo, el Santo por excelencia; cuya ley no es otra que la sabiduría eterna, que ha creado el universo y le gobierna, abrazándole de una á otra extremidad, y disponiendo todo con dulzura; ley verdadera, no sujeta á inflexibles fórmulas, no envuelta y olvidada en una escritura muerta, sino viviendo y reinando por la palabra; ley una, santa, universal y perpétua, que une todos los lugares y todos los tiempos, y el cielo y la tierra, en una sola sociedad, santa, universal y perpétua, bajo Dios Todopoderoso.

No hay más verdadera sociedad que ella, porque solamente en ella están unidos todos los espíritus con una misma verdad, todos los corazones en la misma caridad, todas las voluntades en la esperanza y seguimiento de los mismos bienes; bienes eternos, inmutables, bienes comunes á todos, y sin embargo, propios de cada cual; bienes que todos y cada uno pueden poseer completamente; y para alcanzar estos bienes, todo hombre debe observar la misma regla, la misma piedad con Dios, la misma justicia con el prójimo, la misma pure-

(1) CICERON, *De Repub.*, lib. III, núm. 16.





za consigo mismo. Comparad á esta gran comunión humana, como la llama Platon, á esta sociedad universal, que sólo tiene por objeto directo los intereses comunes á todos los hombres, con lo que se llaman pueblos y naciones, y no aparece más que el efecto de asociaciones locales para intereses materiales y particulares. Las leyes que se dan á este propósito no son leyes propiamente dichas, sino simples reglamentos. Porque, dice Ciceron, lo que decretan los pueblos en el trascurso de los tiempos y de las circunstancias, recibe el nombre de ley más bien por lisonja que por la realidad. En cuanto á los decretos injustos, añade él, merecen, más que el nombre de leyes, el de maquinaciones de ladrones. Platon usa el mismo lenguaje (1).

En esta divina constitucion de la humanidad, la forma de gobierno es tal como la deseaban Platon y Ciceron. Distinguen ellos tres cosas: el gobierno de uno solo, el gobierno de cada uno, y el gobierno de un gran número. Todos los tres son buenos, cuando la ley verdadera es observada; cuando no lo es, todos los tres degeneran en tiranía. Un cuarto término le parece, sobre todo á Ciceron, infinitamente preferible, como reuniendo las ventajas de los otros tres sin sus inconvenientes: esto es, una monarquía templada de aristocracia y de democracia. Segun Rohrbacher, tal es el gobierno de la Iglesia (2).

Bajo la monarquía eterna é invisible de Cristo, es un monarca visible y mortal el Papa, su Vicario, que ha recibido de él el pleno poder de apacentar y regir la Iglesia universal. Por su conducto, otros príncipes y pastores, llamados á porcion de su solicitud, reciben el poder de apacentar y regir las iglesias particulares, no como sus vicarios ó lugartenientes, sino como príncipes y pastores verdaderos. En fin, ni el papado, ni el episcopado, ni el simple sacerdocio, son hereditarios. Todo se recluta en el pueblo, que es toda la humanidad cristiana. El último puede llegar á ser el primero. Un pescador de Galilea será el primer papa, San Pedro;

(1) *De legibus*, lib. II, núm. 5.—Platon Minos.

(2) *Cic. De Repub.*, lib. I, núm. 45.—PLAT., tomo VI, págs. 99, 101.

el hijo de un pescador de Toscana, el papa Gregorio VII; el hijo de un criado inglés, el papa Adriano IV; un pequeño pastor, el papa Sixto V.

Para el reclutamiento de esta magistratura santa, se han cumplido los deseos de Platon. Este queria que se dedicaran desde su primera edad á aquellos á quienes Dios parecia haber destinado para ello (1); ahora bien: la Iglesia admite, sin distincion de nacimiento, á cualquiera que ha recibido de Dios la aptitud y la vocacion. Él deseaba que los futuros celadores ó pastores, porque así les llama más de una vez con este nombre, fuesen educados con un cuidado especial (2): la Iglesia les educa con todo el cuidado posible en los Seminarios. Esto es lo que él exigia como lo principal; esto es lo que ellos conocian perfectamente como un bien eterno, inmutable, el bien supremo, Dios, en una palabra, y su celeste gobierno, para conformar á este divino modelo el gobierno de la tierra, que aplicaban de tal suerte á las cosas divinas, y que divinizaban tanto como le es posible al hombre, añadiendo que no habria jamás salvacion para el mundo en tanto que los filósofos no le gobernasen de este modo, ó que los que le gobernasen no fuesen sino de esta clase de filósofos (3). Ahora bien: ¿dónde se ha trabajado más para formar semejantes magistrados, sobre todo con tanto celo, que en el reino de Cristo? Él deseaba, en fin, que estuvieran exentos de todo cuidado doméstico, libres de toda afecion particular, á fin de que todas las potencias de su alma se consagrasen completamente al bien comun de todos.

La cosa le parecia tan importante, y al mismo tiempo tan difícil, que en su *Tratado de la república* va hasta proponer un medio contra naturaleza, la comunidad de mujeres y de niños; medio que él mismo cree impracticable, puesto que no ha dicho una palabra en su *Tratado de las leyes*. Ahora bien: esto que Platon miraba á la vez como necesario y como impo-

(1) *De Repub.*, lib. III, pág. 319 y sig.

(2) *Idem*, lib. II y III.

(3) *Idem*, lib. V y VI, pág. 71 y sig.—Lib. VI y VII, págs. 100, 104.



sible, la Iglesia católica lo ha realizado por un medio, no contra naturaleza, sino sobre la naturaleza, por el celibato religioso.

Este filósofo no desconocia la extrema dificultad que él tendria para conducir al género humano á este estado de perfeccion, y pone más abajo una alegoría tan bella, que no podemos menos de citarla toda entera.

«Para mejor concebir nuestra naturaleza bajo el beneficio de la instruccion ó de la ignorancia, dice él, hacéos esta comparacion: Figuraos una habitacion subterránea en forma de caverna, teniendo una entrada muy larga, que se abre á la luz en toda la extension de la habitacion. Allí hay gentes ya de alguna edad, la espalda vuelta á la luz, de tal manera encadenados por los piés y por el cuello, que están completamente inmóviles y no ven más que lo que está delante de ellos. Detrás, pero á los lejos, hay suspendido un hachon encendido. Entre este hachon y los hombres encadenados hay un camino, algún tanto elevado, que circunda del lado de la caverna un parapeto á la altura del hombre. Detrás de este parapeto, pasan otras personas llevando sobre la cabeza todo género de utensilios, que rebasan el parapeto; entre otros, estátuas humanas, de animales, de madera ó de piedra de todas las formas. En medio de estas personas, como puede imaginarse, los unos hablan, los otros no dicen nada. Imágen extraña, se dirá, extraños prisioneros. Sin duda, dice Platon, pero estos prisioneros se nos parecen. Forzados á tener toda su vida la cabeza inmóvil, ¿qué ven sino sombras proyectadas por el fuego colocado en el opuesto lado de la caverna! En cuanto á los objetos que se trasforman, ¿ven ellos algo más? Y cuando el eco de la voz de los que pasan choca contra el fondo de su subterráneo, ¿no se imaginan ellos que este que habla no es otro que la sombra, y que, en fin, no hay nada de real más que las sombras de los utensilios? Tal es, segun Platon, la prision de los hombres en este mundo.

¿Cuál será el método más conveniente para desatar sus cadenas y sacarles de sus errores? Si se les desataba y obligaba súbitamente á levantarse, á volver la cabeza, á mirar y andar

del lado de la luz, se les haria mal á causa de la claridad del hachon, y no podrian mirar las cosas que veian primero en sombras. ¿Quién les aseguraria en ese momento que no habian visto hasta allí más que sombras, y que al presente estaban más cerca de la realidad? ¿No estarían, pues, perplejos y confusos? ¿no pensarían más verdadero lo que veian antes que lo que al presente se les mostraba? Si se les obligaba á mirar la luz misma, ¿sus ojos no padecerían? ¿no huirían para volverse hácia las sombras, que crearian mucho más claras que las que se les enseñaba? En fin, si de allí se les saca á la fuerza por parajes rudos y escarpados, sin darles descanso hasta que se les haya colocado á la luz del sol, ¿no se afligirán de ser arrastrados de tal suerte? Y por último, colocados á la luz, sus ojos deslumbrados ¿podrán ver algo de lo que los hombres tienen por verdadero? Sin duda alguna que no, porque el cambio operado es muy repentino.

Para ver las cosas que están en lo alto es preciso acostumbrarse poco á poco á mirarlas; el cautivo salido de su oscuridad mirará al punto con más facilidad las sombras, despues las imágenes de los hombres y de otros objetos en el agua, en seguida estos objetos en sí mismos, posteriormente el cielo de noche con la luna y las estrellas, y últimamente el sol durante el dia. ¿No se considerará él mismo feliz, no tendrá él mismo compasion de sus compañeros antiguos, de su pretendido saber, de su sistema, su naturaleza, y la marcha de las sombras, de la gloria que algunos se atribuian de ser más hábiles que los otros?

Mas si despues de recibir de un golpe todo el resplandor del sol vuelve al fondo de la cueva, ¿sus ojos no entrarán anegados en las tinieblas? Y si en este mismo momento es necesario distinguir las sombras y disputar con aquellos que han estado siempre atados, ¿no les hará reir? ¿no le contestarán que la única ventaja que ha tenido en su salida ha sido el traer los ojos bañados? ¿No le dirán que jamás intentarán salir, y que conviene matar á cualquiera que pretenda desatarles y hacerles subir para ver lo que pasa en lo alto?

Pues bien: la prision es este universo visi-





ble; el hachon suspendido en el aire, es el sol. El hombre que trepa á lo alto y que considera las cosas superiores, es el alma que sube á la region inteligible para contemplar allí el Bien Supremo, causa de todos los bienes; el Maestro, el Padre, el Criador, que debe necesariamente conocer todo el que quiera proceder prudentemente bien, con relacion á sí mismo ó bien para con el pueblo (1).

Hé aquí lo que dijo Platon. Ciertamente que será tachado de recopilar en una bella alegoría lo que nos enseña la Escritura sobre la profunda degradacion del hombre, sobre las cualidades del Redentor, sobre la necesidad de estudiar para ser útil á sí mismo y á los demás. En efecto, ¿qué no se ve allí? El género humano desde su origen asido á las sombras de la muerte, encadenado con las ligaduras del pecado, colocado de espaldas á la luz, no viendo en este día de eterna noche más que sombras. Esta poca luz viene aún de Aquel que es la luz del mundo, que alumbrá á todo hombre que viene á Él, que luce hasta en las tinieblas, y que las tinieblas no la comprendieron.

Esto que Platon creía debía hacerse, lo hizo Dios *ab eterno*. No arrastra al hombre bruscamente de las tinieblas á la luz; le desata desde luego, le hace considerar más atentamente las sombras que pasan, despues las imágenes de las cosas, posteriormente las cosas mismas, y por último el sol, que las hace visibles. El Verbo esplendor del Padre, sol de justicia y de verdad, no esparcirá súbitamente sus rayos de luz que deslumbren por todas partes la Iglesia católica; se hará preceder por una dulce y lenta aurora, que crecerá insensiblemente del día de la noche al pleno día. Esta aurora será Moisés y los Profetas; comenzará en el Sinai y durará hasta el Tabór, donde en la persona de Moisés y de Elías vendrá á reunirse al sol de justicia, que desde entonces resplandecerá solo.

Tal es en este conjunto progresivo lo que debemos considerar, y todo lo que hemos visto

(1) *De repub.*, lib. VII, *ab initio*. Sobre las relaciones entre Dios y el sol; véase lib. VI, páginas 128, 121.

y vemos y veremos, la creacion del mundo, la caída del hombre, la promesa de un Redentor, hasta el juicio final. En este conjunto, sobre todo, hemos de estudiar al pueblo hebreo y la ley que Dios le dió; pueblo de un lado sumergido en los pensamientos terrestres como los prisioneros de Platon en su antro, ley que no era más que la sombra de los bienes celestiales, y aun su imágen real; pueblo y ley que eran durante este tiempo para el resto del mundo una lámpara luminosa en un lugar de tinieblas, y preparando al género humano á la aparicion del gran día. Estas son las ideas de San Pablo y San Pedro, que se concilian maravillosamente con las ideas de Platon. De esta suerte considerado todo, se comprende en este pueblo y en esta ley: lo que hay de terrestre, de celeste, de imperfecto, de perfecto; lo que hay de humano, lo que hay de divino. Las mismas murmuraciones de este pueblo escogido, sus castigos, su larga y última reprobacion, en lugar de ser un escándalo, vienen á constituir una instruccion saludable al mismo tiempo que terrible.

Quando Dios ha librado una alma de la esclavitud del pecado, no la conduce inmediatamente á la tierra prometida, al cielo; la hace pasar á través de pruebas, donde los consuelos están mezclados con las penas, y las penas con los consuelos. Además, en todo hombre convertido á Dios, hay dos hombres: el antiguo y el nuevo; ó mejor aún, hay tres; en el hombre viejo hay ya dos, los sentidos y la razon (1). El hombre sensual ó carnal, se inclina á vivir únicamente segun los sentidos y la carne, casi lo mismo que el bruto; el hombre intelectual, razonable, el hombre humano, tiende á vivir segun la razon natural, segun el hombre, sin elevarse más alto; el hombre nuevo, el hombre espiritual, el hombre divino, vive segun la razon sobrenatural, segun la fe, segun Dios. Estos tres hombres constituyen un todo armonioso; los sentidos están perfectamente sometidos á la razon y la razon á Dios; pero para llegar allí es necesario emplear grandes esfuerzos. Los

(1) Véase una imágen análoga en Platon: *De repub.*, lib. IX, págs. 274 y 275, tomo VII.



sentidos se rebelan contra la razon; la razon, débil de suyo, se deja frecuentemente arrastrar por los sentidos, contra la fé, contra la gracia, y experimenta algunas veces desfallecimientos. El Dios Todopoderoso y Misericordioso, hé aquí la única esperanza.

A más de los sistemas indicados, consignaremos breves palabras á Boulanger, Turgot, Hegel, De Maistre, Schlegel, Michelet, Bonald y Muller.

Boulanger inspirado en ideas análogas á Vico, ve renacer la sociedad del seno de la fuerza y del terror; dominan en primer lugar los dioses, luego los héroes divinizados; nacen á su vez las repúblicas, siguen las monarquías teocráticas, y vienen por fin á parar á las monarquías mixtas y templadas, como ideal de la paz y progreso de los pueblos. Boulanger no se eleva más allá de las observancias prácticas que requiere una época de organizacion social, haciendo amoldar el plan á las necesidades del momento.

Turgot, más espiritual que Vico y Boulanger, cree que mientras todo duerme en la naturaleza y obedece ciegamente á la ley de la necesidad, el hombre va de adelante en adelante, y se convierte de agricultor en pastor, de pastor en cazador, de cazador en guerrero; pasa de la cabaña á la aldea, de la aldea á la ciudad, y de la tribu á la nacion. Aplaude y reconoce el cristianismo como un verdadero progreso en la marcha de la vida social y monumento de los pueblos.

Hegel, pensador alemán, cuya doctrina en parte ha sido seguida por Krausse, en cuya escuela se contiene el desarrollo progresivo de los tiempos de la razon contemporánea, y la cual hemos analizado segun el elevado pensamiento de un distinguido filósofo cristiano, fué en su época el jefe del movimiento racionalista en Alemania, y jefe también de la escuela filosófico-histórica alemana.

Para Hegel, el alma del mundo se manifiesta bajo cuatro aspectos: Universal, en Oriente; individual y variada, en Grecia; compuesta, en Roma, de los caracteres oriental y griego, y armónica en las nacionalidades germánicas.

La religion, segun Hegel, no es una ley di-

vina, sino que es el complemento y resultado de todas las facultades humanas. El hombre se aniquila en Oriente bajo la idea del ente infinito, y nace aquel poder eminentemente teocrático que todo lo absorbe y domina; desaparece en Grecia lo infinito, y rige el imperio de la actividad humana individual, cuyo influjo llega á ser más dominante en Roma, formando un carácter egoísta; armonizando al fin las nacionalidades germánicas el sentimiento de lo infinito con la actividad y libertad humanas. Estos caracteres, de que tanto se ha abusado y abusa desgraciadamente hoy, han sido popularizados y desenvueltos bajo frases poéticas por Laurent, el historiador racionalista que circula en todos los centros de Europa, cuyas obras históricas no tienen, en concreto, otro mérito ni otro propósito que el de negar al cristianismo su sello divino y su gigantesco influjo en los destinos de la humanidad.

Alguna vez tendremos ocasion de comparar los aventurados y mal dirigidos golpes de Laurent contra la verdad histórica, en el fondo de nuestra Historia.

Para De Maistre, dice César Cantú, el mundo es un inmenso altar, donde todo debe ser inmolado en perpétua expiacion del mal causado por la libertad del hombre.

Estas breves frases de Cantú, dan á conocer en algun modo el pensamiento del genio De Maistre; pero son algun tanto injustas; pues si bien son conocidas algunas ideas más ó menos rigurosamente prudentes de este gran pensador, es bien cierto que alcanzó una idea completísima de los destinos del hombre y de la humanidad, concebida bajo la presciencia divina y en armonía con la libertad de la naturaleza humana, esclareciendo con reconocida ilustracion y superior talento muchas y profundas cuestiones que se relacionan con los destinos del hombre y fondo de las ciencias históricas.

Federico Schlegel, pensador simpático que revela un profundo entendimiento, no debe ser dado al olvido, porque en sus eruditas obras se note algun lunar. ¿Qué pensador, en las condiciones y época de Schlegel, no los tendria? Achácase á Schlegel el haber sostenido con





fervoroso entusiasmo que el hombre recibió con la palabra las verdades principales pertenecientes al orden religioso, moral, social, etc., y achácasele, repito, como un error, ó cuando ménos como una exagerada concepcion del progreso histórico. No resolveremos ahora esta competente cuestion, tan debatida en el presente siglo; sólo si consignaremos que no faltan modernos y muy ilustres pensadores, que sostienen en un todo la teoría de Schlegel.

Cree Michelet que el mundo está sujeto á una lucha perpétua entre el bien y el mal, y que la ley del progreso histórico está como fatalmente encadenada á esta rueda del fatal destino.

Savigny, pensador alemán, que tan benéficamente ha influido con algunas de sus doctrinas en la época contemporánea, deteniendo, á la par que Burke, el impetuoso movimiento de las reformas insensatas, atribuye, no obstante, gran influjo, en el desenvolvimiento histórico y progresivo de la civilizacion, á los usos, á las costumbres, posponiendo el aliento de la libertad, que es el primer elemento creador del movimiento humano, á la tradicion; notorio é interesantísimo elemento de verdadero adelanto y sólido progreso, pero no elemento impulsivo ni causa eficaz de aquel armónico concierto entre la sabiduría que creó y el porvenir que el humano entendimiento y el generoso corazón de las nuevas generaciones contemplan para lo futuro bajo el imperio de la libertad.

Daumier, siguiendo á Lessing, cree que se llegará á una religion absoluta, deducida del fondo de todas las religiones positivas, que sea la expresion más pura, más elevada y más digna de la razon humana, trasluciéndose en este ideal algo del ideal kraussista, ya analizado, y de aquel otro original y peregrino de los que enmiendan y corrigen, inspirándose en Hegel, la moral del Evangelio.

Las idealidades no paran en abstracciones jamás; pronto ó tarde pasan á la práctica, aun cuando esta haya de ser triste y sangrienta. El espíritu de Mahoma conquistando al mundo á su fe por el rudo golpe de la bárbara cimitarra, se reproduce bien pronto entre los extraviados

restos del antiguo pundonoroso municipio, y se reclama bien pronto su ejercicio una vez oídas las enseñanzas de Michelet, Hegel, Herder, Buchet, Leving, Condorcet, Montesquieu, etc. Saint Simon y sus creyentes, pretenden ya que se asigne á cada uno el trabajo segun su capacidad, y una recompensa segun sus obras, uniéndose bajo una ley universal, religiosa y comun en la propiedad que convierta el mundo en una inmensa guarida, donde el instinto y no la razon, la materia y no el espíritu, sean las soberanas del universo.

Contra estas locas enseñanzas y las de aquellos enciclopedistas, que, unas veces impíos y otras ignorantes y sarcásticos, como Voltaire, pretendieron, al finalizar el desgraciado siglo XVIII, desarraigar de este hermoso suelo de Europa el árbol de la verdad, se alzaron las elocuentes voces de Bonald, Adam Muller, Haller y otros, pretendiendo basar las sociedades civiles sobre un orden puramente tradicional, amoldando las leyes y las instituciones en un todo á la ley eterna y divina. En verdad que no hay progreso posible ni civilizacion estable fuera de la órbita del orden providencial; pero la libertad humana altera y perturba este orden, que es lo que constituye la lucha científica, para pelear con entusiasmo y constancia en pro de este triunfo, más fácil de lograr con la persuasiva voz de la doctrina en épocas de batalladora desunion, que no con la seca y descarnada mano del imperio de la fuerza. Celosa la Filosofía católica de la pureza de sus doctrinas, así se aparta de los que enseñan y predicán el error sin máscara, como de los que exageran y sacan de su orden los principios fundamentales sobre que descansa la firmísima base del verdadero saber.

La verdadera doctrina histórica y ley del progreso, que no condena, antes enaltece la Iglesia, y le bendice y le proclama, y con ella la Filosofía de la verdad, es, como dejamos expuesto, la única que da solución á los misterios y secretos de la Historia, la única que explica los hechos y sus causas, no en absoluto, como ya hemos dicho, sino en cuanto, dadas las verdades reveladas, es posible alcanzar y penetrar á la razon humana; apoyándose en los hechos,



analizándolos, concordando lo pasado con lo presente, porque de este elevado, prudente y maduro exámen, resulta un sentido científico é histórico real, que no un loco y aventurado resultado de sistemas históricos, hijos de tal ó cual metafísica, de las que traen enloquecida á Europa y al mundo moderno, sujetando unas veces al hombre á la ley de una Providencia inconcebible, y otras á la de una ley fatal, más absurda y peregrina todavía.

Por nuestra parte, sólo debemos añadir, en concreto, que el influjo de lo *sobrenatural* en la Historia, que nosotros admitimos, no es sino una consecuencia de la Providencia, que ni religiosa ni filosóficamente puede negarse, dejando á salvo la accion del libre albedrío humano, que es quien crea, por decirlo así, la Historia, sin interrumpir por esto el plan eterno de Dios, como no interrumpe la tormenta el orden de la naturaleza física.

Para lo que se debe á la razon y al pensamiento humano, harto elocuente es la verdad que se entraña y contiene en las enseñanzas de la ciencia católica, en demostracion de la Filosofía de la Historia; mas queda aún una nueva manifestacion de sublimidad y grandeza para los admiradores de la ciencia histórica, en la meditacion de la ciencia y fondo de la doctrina cristiana, contemplada desde el horizonte hermoso de la revelacion divina, adonde llega tan solo á dominar la mirada de la fe. Vista desde estas alturas la inmensa region de la ciencia histórica, se disipan todas las densas nieblas, y los hechos aparecen iluminados como por la radiante luz de un sol hermoso.

El ilustre Chateaubriand, el abate Rohrbacher, el ilustrado y distinguido español P. Zeferino, y otros notables escritores, nos ofrecen fuentes preciosas bajo este punto de vista.

Hemos indicado anteriormente la sincera adhesion de nuestro pensamiento al concepto de una Filosofía, que apoyada en verdades reveladas y adquiridas, permite á la razon, sublime distintivo del rey de la creacion, desenvolverse, desentrañar la causa de las cosas y conceptos que caen bajo la esfera humana, y aun llegar á penetrar en aquel santuario de verdades que plugo á la bondad de Dios abrir

á la criatura humana, para enseñanza final de su destino sobre la tierra.

Importa tanto al presente señalar en el ingreso de todas las ciencias el verdadero sentido de la nocion filosófica, ya que tanto se abusa de ella, que no dudamos en afirmar que de su verdadero ó falso sentido depende el acierto ó el funesto error en el desenvolvimiento de las mismas. Las ciencias sociales, el derecho, la economía, la política, la historia, la estadística, la moral misma, son lo que es el concepto de una verdadera ó falsa filosofía.

Toda la historia del pensamiento humano, abriendo las primeras páginas que nos narran el vuelo del pensar antiguo, y siguiendo su descubrimiento y desarrollo hasta la época presente, puede compendiarse en solo una division; historia del pensamiento humano inspirado en lo *natural*, é historia del pensamiento humano inspirado en lo *sobrenatural*; todas las escuelas, todos los sistemas, todas las filosofías, no son otra cosa que reproducciones de antiguos errores del hombre apartado de Dios.

Exige, pues, la ciencia de la Historia, antes de penetrar en su maravilloso contenido, que la defendamos de tantos, tan numerosos, tan hipócritas y tan audaces argumentos, como ha levantado contra ella el genio del mal, queriendo poner ante la mirada intelectual del linaje humano una oscura y triste leyenda de cien generaciones, sin origen cierto, sin mision elevada sobre la tierra, y sin fin nobilísimo que alcanzar.

Contra tan peregrinas concepciones, contra tan ideales sueños, como la fantasia del pensamiento racionalista propaga y enseña en Alemania, en Francia, en Italia, en España misma, por boca de Laurent, de Michelet, de Herder, de Hegel y de Krausse; concepciones que matan la bella idea de todo progreso santo; la hermosa concepcion de toda idea querida para lo porvenir, la generosa esperanza de ver cumplido en el dia de mañana el desenvolvimiento de una civilizacion más tranquila, más benéfica en el orden social que la de ayer y hoy; la firme persuasion de que la idea divina del cristianismo venga encontrando en la soberbia y pasiones del hombre ménos obstáculos á su